



UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE
MÉXICO

**PERFILES
EDUCATIVOS**

ISSN 0185-2698

Latapí Sarre, Pablo (1998)
**“RESEÑA: MÉXICO: VALORES NACIONALES. VISIÓN
PANORÁMICA SOBRE LA INVESTIGACIÓN DE
VALORES NACIONALES”**
en Perfiles Educativos, Vol. 20 No. 81 pp. 70-73.

México: valores nacionales. Visión panorámica sobre la investigación de valores nacionales

DE ANNA HIRSCH ADLER
México, Gernika, 1998

por PABLO LATAPÍ SARRE*

Tema emergente en la investigación social mexicana, el de los valores ha sido ya, sin embargo, objeto de muchos e importantes esfuerzos. El libro de Anna Hirsch se propone, como lo dice su subtítulo “visión panorámica sobre las investigaciones de valores nacionales”, acercarnos a estos esfuerzos, resumirlos y comentarlos, identificar a los autores, enterarnos de sus enfoques y metodologías; en suma, hacer un reconocimiento del campo y ubicarnos en el momento en que nos encontramos. Es un libro que hacía mucha falta.

La investigación empieza por delimitar su objeto, alcance y metodología. El campo de los valores es complejo, empezando porque el concepto de valor es equívoco, admite diversas acepciones. Como el interés de la autora es estudiar los valores de los mexicanos desde un enfoque sociológico, y dentro de este enfoque limi-

tarse a lo que llama “valores nacionales”, adopta tres definiciones de valor. La más general (de Risieri Frondizi) considera el valor como “cualquier objeto de preferencia, selección, aprecio, estimación, deseo, guía o norma”, definición que limita el valor al plano del individuo. Una segunda definición (de Milton Rokeach) introduce la referencia social: “el valor es una creencia perdurable de que un modo específico de comportamiento es personal o socialmente preferible al opuesto [por lo que] un sistema de valores es una organización permanente de creencias respecto de modelos preferibles de comportamiento, a lo largo de una escala que establece la importancia relativa de cada uno”. La tercera definición (de Robin Williams y Ethel Albert) explicita más la referencia a las conductas sociales como esencial: “los valores son concepciones de lo deseable que influyen en el comportamiento colectivo”.

Más problemático es acotar el concepto de “valores nacionales”; la autora los entiende como aquellos que el Estado transmite y pretende inculcar a través de sus mensajes; tales como los símbolos patrios, los rituales cívicos, la historia oficial con sus héroes y antihéroes; su discurso, en suma, conlleva una idea de nación. Este conjunto de valores compite con los de otras instancias sociales; en tiempos de crisis estos valores nacionales se debilitan y su agente fundamental, el Estado, pierde credibilidad; las personas y grupos se vuelven hacia la familia, las tradiciones y otras instituciones en busca de referentes.

La búsqueda de las investigaciones sobre los valores se inicia, por tanto, desde una definición general de valor y una opción por los valores nacionales o políticos, considerados desde un enfoque sociológico y dando preferencia, además, a los estudios de corte empírico; quedan fuera, por

* Investigador del CESU-UNAM.

tanto, otras investigaciones de carácter filosófico o histórico o psicoanalítico, o las encuestas sobre preferencias electorales o los ensayos de carácter literario.

Después de identificar las investigaciones que corresponden a su objeto y a los investigadores o grupos de académicos que las han realizado (a varios de los cuales se entrevistó), estructura su obra en nueve capítulos y agrupa los estudios temáticamente. Un primer capítulo trata de las investigaciones sobre la formación del sentido nacional y cívico en los niños, los trabajos pioneros de Rafael Segovia (1972 y 1975) sobre el nacionalismo y la imagen del mundo exterior en los niños mexicanos, el de Carlos Maya e Inés Silva (1988) sobre el nacionalismo en los alumnos de enseñanza básica, y el de Carlos Flores García, E. Vargas Medina y G. Olguín Ramírez (1990) sobre los procesos de cognición política y el uso de categorías sociales, revisando la imagen del presidente de la república.

Un siguiente capítulo comprende los estudios culturales y transculturales relacionados con los valores nacionales; en él se comentan cuatro de las muchas e importantes investigaciones coordinadas por Rogelio Díaz Guerrero. Otro más se dedica a las investigaciones sobre la identidad y el

carácter nacionales: el amplio programa de investigación dirigido (a partir de 1983) por Raúl Béjar Navarro y Héctor Manuel Capello en el CRIM-UNAM, y el estudio de Luis Lara Tapia (1989) sobre los valores de las clases medias de la ciudad de México.

Dos investigaciones de carácter antropológico sobre la cultura mexicana son objeto de otro capítulo: la de Guillermo de la Peña sobre los valores, actitudes y concepciones del mundo que subyacen a la cultura en los sectores populares de la ciudad de Guadalajara, y la de un equipo integrado por Larissa Lomnitz, Claudio Lomnitz Adier e Ilyia Adier sobre la campaña presidencial del PRI en 1988.

Un capítulo íntegro se dedica a una de las investigaciones de referente empírico más sistemático y de más amplia trayectoria pues ya cubre 15 años: la coordinada por Enrique Alduncin Abitia, patrocinada por el Banco Nacional de México, de la cual han aparecido tres volúmenes. Otro estudio que la autora califica de "imponente" ocupa un capítulo más: el trabajo de Ulises Beltrán, Fernando Castaño, Julia Isabel Flores, Yolanda Meyenberg y Blanca Helena Del Pozo, publicado hace dos años por el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM con el título "Los mexicanos de los noventa", estudio cen-

trado en el cambio de valores desde la tradición hacia la modernidad, tema de especial interés durante el sexenio salinista. Este capítulo se complementa con dos encuestas nacionales sobre cultura política aplicadas por las secretarías de Gobernación y de la Presidencia (1991 y 1993) a través de las universidades públicas del país.

El penúltimo capítulo está dedicado a la Encuesta Mundial de Valores, que se ha aplicado en México en tres ocasiones: 1981-1982, 1990-1991 y 1997, se reseñan trabajos coordinados por Alberto Hernández Medina y Luis Narro (1987), por Ronald Inglehart (1994) sobre la aplicación de la encuesta 1990-1991, y otro estudio de Miguel Basáñez y Alejandro Moreno (1994) que compara las dos primeras encuestas, así como la investigación de Rafael Giménez y Alejandro Moreno (1997) que presenta los primeros datos de la tercera encuesta. He querido mencionar con cierto detalle el contenido de la obra para dar una idea del ímprobo trabajo de revisión y análisis que supuso.

Más que referirme a algunos de los estudios en particular, quisiera detenerme en la relativamente breve conclusión en la que la autora condensa sus comentarios críticos y sugerencias para avanzar en el estudio sistemático de los valores nacionales. No inten-

ta—sería prácticamente imposible— decantar los resultados de algunos grupos temáticos de estos estudios, contrastando sus resultados con frecuencia divergentes. Sus conclusiones son de carácter más general: versan sobre la importancia de algunos temas y su recurrencia, la validez de los instrumentos y metodologías o algunos ejes de análisis que le parecen especialmente prometedores.

La autora toma una posición crítica, en concreto, sobre los puntos siguientes:

- Señala que en general falta mayor interpretación y teorización de los datos empíricos, aunque reconoce que no es fácil dada la complejidad interdisciplinaria de la temática.
- Advierte que en los estudios empíricos se abusa de las preguntas “cerradas”, lo que reduce la riqueza de las investigaciones. Asimismo señala que estudiar los valores a través de las opiniones tiene obvias limitaciones: los encuestados no siempre expresan lo que sienten, ni lo que piensan es necesariamente congruente con sus comportamientos; además, es difícil superar los sesgos de la emotividad o las presiones sociales.
- También observa que los estudios anteriormente realizados no se aprovechan

para definir nuevos problemas o plantear nuevas hipótesis o construir modelos de mayor capacidad explicativa; hay el riesgo de que los investigadores caminen en círculo repitiendo los mismos planteamientos.

- Otra observación de gran actualidad se refiere a la importancia de los estudios de los valores en tiempos de crisis sociales para esclarecer los conflictos entre las generaciones o entre los actores sociales y los aparatos educativos, sobre todo en sociedades tan desiguales económicamente y tan plurales étnica y culturalmente como la nuestra. Son observaciones perspicaces destinadas fundamentalmente a los investigadores y a los líderes sociales.

En mi apreciación, estas conclusiones generales hubieran podido completarse con otras más específicas, destinadas a sugerir temas prioritarios de investigación. Podría señalarse, por ejemplo, que las actitudes racistas merecerían más atención en una sociedad que arrastra su problema indígena sin querérselo confesar desde hace 500 años: las investigaciones sobre tolerancia suelen considerar la totalidad de la población al diseñar sus muestras y rara vez desagregan los resultados por grupos étnicos; se dan porcentajes globales poco ilustrativos.

Algo semejante sucede con los prejuicios y actitudes hacia el género opuesto; aunque la temática de género va siendo cada vez más recurrente, pocos estudios desagregan el grupo de mujeres o de hombres desde diversas categorías sociales o culturales, como sería de desear para analizar los prejuicios. Éstas y otras posibles conclusiones específicas podrán ser inferidas por los investigadores especializados.

Para terminar, me permitiría dos reflexiones personales que me ha suscitado la lectura del libro. Una es la sensación de lo poco que sabemos de los procesos psicológicos y psicosociales a través de los cuales se forman los valores en las personas y en las sociedades. Es cierto que no es ése el objeto de la revisión hecha en este libro. Los estudios reseñados registran los resultados de esos procesos, o sea los valores ya formados que se manifiestan en los individuos o los grupos sociales, sin indagar en los procesos de consolidación e integración de la persona o de cambio valoral en las colectividades sociales. Sería deseable contar con otra obra semejante que recogiera las investigaciones del país realizadas desde este enfoque psicológico; resultaría especialmente útil a los educadores.

La otra reflexión se refiere a la importancia de estos estudios para la política educativa.

Después de leer la obra uno concluye que no es posible tomar decisiones sobre los planes y programas de estudio que habrán de moldear a las siguientes generaciones (pensemos por ejemplo en la educación sexual en la primaria y la secundaria, o en los programas de civismo) sin tener presente las culturas que existen en el país, y particularmente los valores que viven esos niños y jóvenes en sus familias y grupos de referencia. No es posible tomar decisiones sobre la formación y actualización del magisterio, aprobar la programación de Edusat o introducir los conceptos de la modernización y la globalización en el medio educativo, sin conocer la cultura y tener sensibilidad hacia los valores de nuestra sociedad. Pongo dos ejemplos. Sería un ejercicio útil revisar la concepción de formación ciudadana que figura en las orientaciones didácticas de los planes y programas vigentes con las concepciones que manejan varios de los estudios reseñados. En estos últimos aparece un esquema de tópicos mucho más completo para definir los componentes del ci-

vismo: la cognición de hechos, instituciones y personajes, por una parte, y por otra un conjunto de valores y actitudes: el sentido de identidad y pertenencia a la comunidad nacional (en donde entra el conocimiento y respeto a los símbolos patrios y la conciencia histórica de un destino colectivo), la definición de soberanía no sólo política sino económica, la aceptación de las instituciones, particularmente el estado de derecho y la igualdad de todos ante la ley, y los valores necesarios para la participación social y política; habría que reflexionar críticamente en la actual propuesta de formación cívica. El otro ejemplo se refiere a las escuelas privadas elitistas y extranjerizantes que han proliferado en los últimos 15 años en todas las grandes ciudades del país; las autoridades educativas debieran preguntarse si estas instituciones no están promoviendo el desarraigo y la desnacionalización de las élites económicas, con terribles consecuencias para la economía y la cohesión social.

El salto de los principios doctrinales del Artículo Terce-

ro a la práctica educativa tiene por lo menos dos mediaciones esenciales que los funcionarios no debieran olvidar: la psicológica, que implica conocer los procesos interiores por los que se forman determinados valores en los educandos, y la cultural que co-determina la formación de las personas desde su infancia. La política educativa supone cuestionarnos y confrontarnos con lo que es el país, lo que debe ser y lo que puede ser, tres dimensiones en las que resultan indispensables las investigaciones sobre valores.

Queda claro, en suma, que aunque estemos en presencia de un campo que apenas emerge, este campo tiene ya contornos propios que esta obra descubre y define. Sin ser un estado del arte en sentido estricto, el libro contribuirá a que este campo madure y a reforzar la prioridad de estos temas en nuestras agendas de investigación social, política y educativa. Por todo esto Anna Hirsch merece nuestro agradecimiento y su libro la más entusiasta bienvenida.